

PANORÁMICA GENERAL

Emilio DE DIEGO¹

A caso cada guerra tenga su propia lógica, pero si alguna parecía escapar a toda sistematización esa fue la Guerra de la Independencia. La contienda de 1808 a 1814 fue cualquier cosa menos un proceso homogéneo y uniforme. Así lo advertía Galdós cuando la definía como «escuela del desorden». No le faltaba algo de razón, aunque, la apreciación de D. Benito no hubiera sido otra cosa que una fórmula literaria; tal vez, una percepción demasiado impresionista que se ajustaba bien a las pretensiones de la novela histórica. Pero lo cierto es que el flujo de los acontecimientos daría pie a tal sensación. Sin embargo, el historiador debe trascender el relato propio de la literatura para ayudar a la comprensión de lo sucedido. En cualquier caso habremos de partir de que la lucha contra los planes napoleónicos en España fue una guerra romántica, distinta de la guerra más «racional», que se hacía en otras partes de Europa y, por tanto con tendencia a resolverse en un desequilibrio creciente y en una subversión constante². Aún así, el conflicto al sur de los Pirineos entre la España fernandina y las tropas imperiales resultará menos complicado de entender si analizamos cada uno de los vectores de su complejidad y a ello se dirige esta especie de guía general, algunos de cuyos capítulos serán «disecionados» historiográficamente por los ponentes del presente Seminario. Veamos.

I. Dos «cosmovisiones» enfrentadas

Este sería, sin duda, el primer y más significativo de los factores a considerar para apreciar la complejidad de la Guerra de la Independencia. Fren-

¹ Universidad Complutense de Madrid.

² Ver DIEGO GARCÍA, E. de: *España el infierno de Napoleón. 1808-1814 una historia de la Guerra de la Independencia*. Madrid, 2008.

te al racionalismo heredado de la Ilustración, que suponía una nueva antropología, una actitud religiosa diferente; una propuesta política rupturista; un concepto de sociedad inédito; un modelo económico también opuesto, en gran medida, al hasta entonces vigente; una mentalidad en suma distinta, se alzaría un romanticismo de fuerte contenido tradicional en los ámbitos de la fe y la cultura, junto a un peculiar sentido de la historia.

Dos «mundos» tan antagónicos estaban condenados a combatirse radicalmente en todas sus vertientes y, en alguna de ellas, con especial encono, mezclando los diversos planos del conflicto. Los españoles lidiaron contra los franceses, como manifestara Jovellanos, por los derechos del Rey (del que consideraban su monarca legítimo, Fernando VII), nuestra religión, nuestra constitución (todavía no la «Pepa», que vendría después, sino el marco jurídico político anterior) y nuestra independencia³. El pueblo español luchó por su manera de vivir contra modos ajenos e ideas extranjeras, independientemente de su mayor o menor sentido de «progreso».

La «causa» de los españoles fue la de su Patria, con lo que ello significaba de vínculo identitario no sólo etnocultural. La independencia y la libertad, como sentimientos y aspiraciones esenciales, se identificaron con la nación española y no con los proyectos que Napoleón pretendía imponer. A éste y al otro lado del Atlántico, en principio, se eligió la defensa de los valores propios, como herencia histórica, aún desde posiciones no compartidas unánimemente en algunos órdenes.

Pero, además, entre ambos campos quedaron no pocos españoles, atrapados en un universo de contradicciones, donde combatían sus propias ideas y sentimientos. Una especie de «territorio» de la angustia donde sólo la derrota tenía cabida. Afrancesados o simplemente convencidos de una teoría que chocaba contra la reacción de la mayoría de sus compatriotas, que entendían equivocada, vivieron su particular guerra, sin poder desear la muerte de sus compatriotas, al menos con la misma pasión que quienes se alineaban en cualquiera de las facciones donde coincidían razón y emoción. En un plano más prosaico, pero también en un callejón de difícil salida, se encontraron otra serie de españoles mucho más numerosa que el grupo anterior, que, por interés o por necesidad, sirvieron a la administración josefina. Tal vez sea éste de los «colaboracionistas», de grado o por fuerza, que resulta más oscura aún hoy.

No obstante, junto a pensamientos y sentimientos convendría no olvidar los elementos materiales que empujaron a los españoles a defenderse de los

³ TORENO, Conde de: *Historia del levantamiento, guerra y revolución en España*. París, 1838.

atropellos cometidos por los imperiales. La «razón de la guerra» se amalgamaría con las motivaciones propias del ser humano y todas ellas completarían el cuadro de luces y sombras de aquella contienda. Por último, la división creciente en el seno de la España antinapoleónica, a medida que avanzaba la guerra, con motivo de la escisión entre «serviles» y «liberales» abriría un nuevo frente, que de momento quedaría subordinado a la lucha contra el invasor.

II. Una guerra discontinua en el tiempo

La lucha contra los franceses desde 1808 a 1814 resultó un enfrentamiento lo suficientemente duradero para que el esfuerzo bélico acusara notables alternativas a lo largo de su desarrollo. Serían varios los factores que condicionaron su mayor o menor intensidad, desde el punto de vista cronológico. En primer lugar las circunstancias climatológicas, de carácter estacional, favorables o adversas, al movimiento de grandes masas de combatientes.

Al margen de excepciones como la relativamente extemporánea llegada de Napoleón a Madrid, en los primeros días de diciembre de 1808, y la subsiguiente persecución de las fuerzas de Moore, en las semanas posteriores, por parte de las tropas del Emperador, las principales acciones militares se llevarían a cabo entre finales de la primavera, el verano y la primera parte del otoño de cada año. No sólo las temperaturas o las precipitaciones meteorológicas facilitarían o entorpecerían las ofensivas de los Ejércitos en lucha, en cuanto al estado de los caminos las posibilidades de vadear ríos o atravesar montañas; es decir modificando sustancialmente las vías de comunicación, sino también en lo referente a la salud, la alimentación, e incluso, el espíritu de lucha de los hombres, y al mantenimiento de los numerosos animales ligados al esfuerzo de la guerra⁴.

Un breve repaso a los hechos de armas de mayor entidad nos demuestra lo que acabamos de exponer: Medina de Rioseco (julio, 1808); Bailén (julio, 1808); Espinosa de los Monteros (noviembre, 1808); Tudela (noviembre, 1808); Medellín (finales de marzo de 1809); Talavera (julio, 1809); Almonacid (agosto, 1809); Tamames (octubre, 1809), Ocaña (noviembre, 1809); La Albuera (mayo, 1811); Sagunto (octubre, 1811); Los Arapiles (julio,

⁴ CASINELLO, A.: «La guerra peninsular de 1808: del entusiasmo victorioso a la frustración», en *Revista de Historia Militar*, n.º extraordinario, «Entre el dos de mayo y Napoleón en Chamartín: los avatares de la guerra peninsular y la intervención británica.» Madrid, 2005, pp.99-124.

1812); Vitoria (junio, 1813); San Marcial (agosto, 1813)... Se ajustarían a lo que hemos dicho. Pero, como apuntábamos, tampoco faltaron algunas excepciones, (Somosierra, Elviña, Uclés, Alba de Tormes, los segundos sitios de Zaragoza y Gerona, el último de Badajoz,... etc.). Con todo resulta evidente la importancia del «componente estacional» en aquella guerra⁵.

Podríamos añadir que también en Portugal las batallas más notables, Vimeiro (agosto, 1808) o Bussaco (septiembre, 1810), se acomodan al calendario que hemos señalado. Algo similar ocurría con las operaciones de sitio más sobresalientes: Zaragoza (primer asedio, junio-agosto, 1808); Gerona (primer asedio, julio-agosto, 1808); Astorga (marzo-abril, 1810); Ciudad Rodrigo (sitio por los franceses, abril-julio, 1810); Almeida (julio-agosto, 1810); Badajoz (en manos francesas en marzo 1811) (sitiada por los aliados en abril-mayo-junio 1810); Tarragona (junio, 1811)⁶...

No obstante, la mayor o menor intensidad del esfuerzo militar, desde el punto de vista cronológico, atendería además a otros aspectos, por ejemplo los de carácter estratégico, la capacidad de movilización de los grandes contingentes de tropas en función de la guerra en otros puntos; de los recursos disponibles,... etc; casi siempre, en combinación con las épocas más favorables desde el punto de vista climatológico, a las que acabamos de referirnos. El otoño de 1808, la mayor parte del año 1810, el verano de 1812, la primavera y el verano de 1813,... conocerían una actividad militar superior a la del resto del periodo 1808-1814.

Esta discontinuidad temporal introduce elementos de complejidad para los mismos protagonistas y para el posterior relato historiográfico si se pretende comprender lo sucedido, pues la tentación de plantear hipótesis contrafactuales, o de buscar supuestas «explicaciones», resulta particularmente atractiva en este apartado.

III. Desigualdades regionales

Una serie de circunstancias estratégicas, derivadas de la situación geográfica y de las posibilidades de desarrollar las operaciones por cualquiera de los bandos en guerra, produjo un muy desigual impacto regional. Así, zonas como Galicia soportaron tan sólo unos meses la presencia del enemi-

⁵ PRIEGO LÓPEZ, J. y PRIEGO FERNÁNDEZ DEL CAMPO, J.: *Guerra de la Independencia*, 8 vols. Madrid, 1972-2006.

⁶ BELMAS, J.: *Journaux des Sièges faits ou soutenus par les français dans la Peninsule de 1807 a 1814*. Paris, 1837.

go, con independencia de que mantuvieran su contribución a la causa común de los españoles, por diversos medios hasta el final de la guerra. Andalucía, por su parte, sufriría la ocupación francesa algo más de dos años y medio, con mayor o menor rigor en unas u otras de sus provincias. Asturias también se vería libre de las tropas napoleónicas antes que muchas otras zonas de España.

Sin embargo, Cataluña, la Meseta Norte, Extremadura, parte de la Meseta Sur, algunas zonas de Cantabria, las provincias vascongadas y Navarra, Aragón,... serían escenario de las andanzas de los Ejércitos enfrentados durante prácticamente seis años. En el extremo opuesto, Baleares y Canarias, aunque coadyuvaron de diferente forma a la lucha contra Napoleón, no llegarían a sentir directamente la huella de las fuerzas francesas⁷.

Madrid, objetivo preferente en su calidad de capital de España, estaría en manos napoleónicas, a partir de la primavera de 1808, experimentando desde entonces hasta 1813, tan sólo algunos momentos de libertad, como en el verano de 1808 o en el de 1812.

En general, los territorios atravesados por los caminos, entre la frontera franco-española, de Irún y la Corte, con los situados en sus flancos, la franja que se extiende, entre la Junquera y Barcelona, el valle del Ebro, las rutas que por León y Castilla conducen a la «raya» con Portugal, algo parecido en Extremadura, particularmente en Badajoz, así como los accesos a Madrid desde el Guadiana y el Tajo, fueron los principales ejes de la contienda. La distancia a la frontera con Francia, la orografía, su menor significado estratégico, la inferioridad napoleónica en el mar,... etc. convirtieron a otras partes de España en territorio prácticamente al margen de la guerra durante la mayor parte de la etapa 1808 a 1814.

Pero no sólo se produjo una desigual actividad, de unas regiones a otras, en lo relativo a la intensidad de la guerra, sino a la forma en que se llevó a cabo. Las grandes batallas tuvieron por marco los espacios amplios de ambas Mesetas y alguna otra llanura, como la de Álava. En los lugares de orografía más complicada la lucha se resolvería en multitud de combates de menor dimensión, por ejemplo, en Cataluña. Lógicamente el protagonismo del Ejército regular y de la guerrilla, o al menos de unidades auxiliares, sería directamente proporcional a uno u otro modo de combatir.

⁷ Ver, por ejemplo, MIRANDA RUBIO, F.: «El reino de Navarra un espacio singular en la Guerra de la Independencia» en *Revista de Historia Militar*, n.º extraordinario, «Entre el dos de mayo y Napoleón en Chamartín: los avatares de la guerra peninsular y la intervención británica.» Madrid, 2005, pp. 153-191.

En función de la aludida intensidad de la guerra, las consecuencias económicas y demográficas fueron también muy diferentes de unas zonas a otras. En el primer apartado habría que indicar que ambas Mesetas, quedaron esquiladas, hasta el extremo de resultar tremendamente difícil el mantenimiento de los Ejércitos enfrentados. En el segundo de los campos mencionados resulta lógico que las pérdidas, entre la población civil, fueron superiores a la media nacional en Cataluña, ambas Castillas y Extremadura, principalmente.

IV. Las frecuentes alternativas en la ocupación del territorio

Aunque en algunos espacios, sobre todo urbanos, el control de la situación por parte de los soldados napoleónicos fue permanente, o al menos mantenido durante gran parte de la guerra, lo habitual fue todo lo contrario. La mayoría de las poblaciones cambiaron de mano en múltiples ocasiones. Esta circunstancia contribuyó de forma señalada a crear el desconcierto, la inseguridad y la confusión.

Seguir la evolución del conflicto, en este aspecto, constituye un auténtico rompecabezas pero, sobre todo, apunta al ambiente favorable, que la alternancia en el dominio de un mismo lugar, propiciaba para la delación y la venganza. La crueldad que caracterizó a la Guerra de la Independencia encontró aquí uno de sus factores⁸.

La tensión en la retaguardia por el temor a las posibles represalias de unos y otros, se unió al miedo y a la incertidumbre acerca de cualquier futuro inmediato. El continuo avance y retroceso de las tropas imperiales o de las españolas y anglo-portuguesas se superpondría en una cartografía de expansión y regresión cuyos perfiles habría que ajustar prácticamente al día durante aquellos años.

V. El marasmo económico

Los problemas políticos y militares se vieron acompañados y agravados por los de tipo económico y financiero. La duración de la contienda agudizó los efectos de la desestructuración de la producción y de la distribución de bienes de todo tipo, empezando por los alimentos básicos. La contrac-

⁸ LOWETT, G.H.: *La Guerra de la Independencia y el nacimiento de la España contemporánea*. Barcelona, 1975.

ción de la economía representó un problema añadido a la financiación de la guerra. Si en condiciones «normales» resultaba complicado recaudar los diversos tributos, entre 1808 y 1814 se llegó al extremo de hacerse verdaderamente imposible obtener los recursos necesarios para mantener la lucha contra Napoleón.

A esta circunstancia vino a sumársele, en un principio, la desarticulación de la Administración provocada por la crisis política que significó el hundimiento, transitorio, de la monarquía Borbón. La reacción, como alternativa a los planes imperiales, dio paso a las innumerables Juntas con sus correspondientes espacios de poder. Aquella «atomización» inviable, en todos los órdenes, para combatir al invasor condujo a un proceso de integración que tardó meses en dar sus primeros frutos, con el establecimiento de la Junta Central, en septiembre de 1808. Pero que no superaría cierta compartimentación, indeseable desde el punto de vista de la organización del esfuerzo colectivo, prácticamente durante toda la guerra.

La tendencia a «controlar» sus propios y cada vez más escasos recursos, por parte de algunas Juntas se mantuvo frente a las instituciones que, de modo sucesivo, encarnaron el poder «central». Las relaciones entre unas y otras instancias fueron particularmente complicadas en el terreno financiero. Resulta fácil imaginar las dificultades añadidas y los obstáculos de toda clase provocados por las interferencias entre los distintos órganos que pretendían «administrar» las finanzas de la guerra.

Por otra parte, los caudales que debían llegar de América, recaudados en precarias condiciones, cuando no con oposición creciente, y manejados por los ingleses, en cierta medida, tampoco se obtendrían con la fluidez, ni en la cantidad esperable. Más aún, desde el momento en que estallara la insurrección independentista en algunas regiones hispanoamericanas, habría que emplear allí el dinero disponible para atajar los movimientos separatistas.

En última instancia la ayuda británica, en buena medida decisiva, escapó también parcialmente al control de las autoridades españolas y, desde luego, al de Junta Central y la de los órganos que vinieron a ocupar su lugar⁹. El Gobierno de Londres, por diversos medios, entre los cuales estaban sus agentes en España, destinó directamente y como mejor convino a sus intereses importantes cantidades de aquella ayuda a las personas e instituciones de nuestro país que consideró oportuno.

⁹ LASPRA, A.: «La intervención británica en España en 1808», en *Revista de Historia Militar*, n.º extraordinario, «Entre el dos de mayo y Napoleón en Chamartín: los avatares de la guerra peninsular y la intervención británica.» Madrid, 2005, 59-58.

Las condiciones que hemos señalado determinarían un auténtico marasmo financiero que, no explica por sí sólo, pero, ayuda a entender los problemas de abastecimiento de los ejércitos españoles a lo largo de la Guerra de la Independencia.

VI. Del caos al orden ¿o no?

Entre las novedades que la Guerra de la Independencia comportaba figuraría en primer término el que fuera «organizada» desde la «desorganización» previa. La proliferación de Juntas, (de mayor o menor ámbito de competencias), por todo el territorio español, hacía inevitable un cierto caos, a la hora de poner en práctica las otras tantas declaraciones de guerra que cada una de ellas se apresuró a lanzar contra Napoleón.

Las pretensiones de soberanía que todas se atribuían por separado alumbrarían, en principio, mil guerras dentro de la lucha contra el enemigo común. Ciertamente su obligado proceso de integración culminó en una Junta Central Suprema Gubernativa del Reino, pero sin que desaparecieran las demás. Las relaciones entre ellas, así como las mantenidas con los viejos órganos del poder, que habían sobrevivido a la presencia de los franceses, no fueron siempre fluidas, ni todo lo armónicas que convenía a la causa fernandina. Tales disensiones e interferencias, según los casos, se reflejaban en el esfuerzo militar, complicando las cosas, de forma más o menos grave, e introduciendo un grado de desorden que no llegó a desaparecer por completo en ningún momento¹⁰.

No hubo manera de implantar un mando único hasta que la necesidad lo hizo inaplazable y entonces se nombró a un extranjero. Las maniobras políticas concretadas en no pocas conspiraciones de toda laya de la «opereta» a la «tragedia», se proyectaron en la dirección de la guerra. Las rivalidades de unos grupos con otros y de ésta o aquella Junta, entre sí o con la Central, o después con la Regencia o con las Cortes, no fueron ajenas a designaciones de mandos por motivos que poco tenían que ver con la preparación profesional y, como mal menor, provocaron además la descoordinación de algunas acciones.

En resumen, la Guerra de la Independencia se hizo más compleja que otros conflictos de su tiempo, pues careció de un único centro de decisio-

¹⁰ MARTÍNEZ RUIZ, E.: «Las relaciones entre las nuevas instituciones políticas y las instancias militares en España (1808-1814)», en *Revista de Historia Militar*, n.º extraordinario, «Respuestas ante una invasión», Madrid, 2006, pp. 157-182.

nes. Fue, simultáneamente, una pugna contra las huestes de Napoleón y contra el «taifismo» propio. Nada extraño si atendemos a que fue precisa la creación, en paralelo, de un nuevo entramado político y de un Ejército también improvisado.

VII. Guerra total

La actuación de las fuerzas regulares asemejaría la Guerra de la Independencia a otros conflictos de su tiempo y a los que la habían precedido en las décadas anteriores. Su característica, por tanto, el elemento que la convertiría en algo mucho más complejo, vendría dado por su otra *facies*: la de la lucha «irregular». La sola lectura de las andanzas de cualquiera de las grandes «partidas» que se batieron contra los franceses («El Empecinado», Porlier, Mina, Longa, Villacampa,...) mostraría un auténtico «rompecabezas», con incontables encuentros con el enemigo, en su «laberíntico» discurrir por un territorio más o menos amplio. El seguimiento de todas ellas podría conducir, como ocurre a veces con el simple acopio de información, a que «los árboles no permitan ver el bosque» o, cuando menos, a tal maraña que complejidad y complicación resultaran difícilmente separables¹¹.

Los esfuerzos de las autoridades «patriotas» por poner «orden» en aquel posible «caos» serían el primer indicativo de la tendencia «complicatoria» del fenómeno «guerrillero». Aquellos afanes traducidos en «Instrucciones», «Reglamentación» y otras diversas normas, con resultados no siempre eficaces, bien podrían servir de ejemplo y aliento a los historiadores empeñados en el estudio de la guerrilla, que aún hoy pueden dar fe de la ardua tarea que supone arrojar la luz de la coherencia sobre la incoherencia aparente.

La guerrilla sacó de quicio a los hombres de Napoleón que padecían su hostigamiento sin límites. Trajo de cabeza a los gobernantes y a los jefes militares españoles, en más oportunidades de las que hubieran deseado. Sometió con frecuencia a graves excesos a la población civil, cuya «simpatía» por alguna partida resulta más fácil de entender que la actuación de aquellos guerrilleros. Finalmente no faltaron los conflictos entre partidas rivales, por el control de un determinado territorio¹².

¹¹ MOLINER, A.: *La guerrilla en la Guerra de la Independencia*. Madrid, 2004.

¹² PARDO SANTALLANA, J. M.ª: «La relación del ejército con la guerrilla, en la Guerra de la Independencia», en *Revista de Historia Militar*, n.º extraordinario, «Respuestas ante una invasión», Madrid, 2006, pp. 119-134.

La reacción francesa a la guerra irregular fue el lógico incremento de la reacción que, en espiral incontenible, se tradujo, junto a algunos otros factores, en la crueldad que, como dijimos, convirtió la contienda en un infierno.

Las partidas de guerrilleros por la extracción social de sus jefes y demás integrantes, por los motivos de su constitución, por sus dimensiones,... etc., resumen en sí mismas la complejidad de la Guerra de la Independencia.

Finalmente incluso el catálogo de efectos materiales e inmateriales producto de la actividad de las guerrillas resultaría, por sí sólo, un ejemplo de esa misma complejidad a la que venimos aludiendo; en especial si consideramos las repercusiones psicológicas sobre «amigos» y «enemigos».

VIII. Una guerra dentro de otras guerras

La coincidencia de la guerra en ambos países peninsulares y la subordinación de los dos escenarios, el portugués y el español, en distinta medida, a los planes británicos, sería un factor más de la complejidad de lo ocurrido al sur de los Pirineos. Para los mismos protagonistas de los acontecimientos, vistos desde la óptica del gobierno inglés o del mismo Wellington, o desde de la Junta Central o los militares españoles, la percepción resultaría, a veces, contradictoria y las actitudes de unos y otros incomprensibles recíprocamente¹³.

Además la guerra en España, de 1808 a 1814, no sólo se interrelacionaría con la guerra peninsular, sino, obviamente con la que se producía en otros lugares del Viejo Continente. Napoleón se vería condicionado, de cara a sus decisiones respecto a nuestro país, por la guerra en el centro y el este de Europa. Esta dependencia le impediría desplazarse a la Península en momentos claves y, obligado a dirigir las operaciones desde París, o más lejos según los momentos, no pocas de las decisiones que adoptó alteraron y complicaron la actuación del Ejército francés en muchos momentos.

Los movimientos de tropas, el ritmo de la guerra y la coordinación de los esfuerzos en el bando aliado, y la dependencia napoleónica de otros frentes, incrementaron la complejidad y con ella la dificultad para entender no pocos lances.

Por otro lado la heterogeneidad de las tropas enfrentadas en cuanto a su procedencia nacional, convirtió la Guerra de la Independencia española en campo de batalla de soldados, procedentes de casi todos los países europe-

¹³ OMAN, Ch.: *A History of the Peninsular War*. Oxford, 1902-1914.

os. Sin duda esta circunstancia, aunque repetida en otros escenarios de «las guerras de la revolución y el Imperio», tal vez se hizo más compleja aún en nuestro país con la incorporación del Ejército anglo-portugués. En cualquier caso éste sería el enésimo elemento en la complejidad de aquel conflicto.

IX. La resistencia a ultranza

A manera de colofón de estas páginas, que no pretenden ser otra cosa que una reflexión de carácter general en torno a los rasgos identificativos de lo que, a comienzos del siglo XIX, suponía una nueva manera de guerrear, habré de referirme a otra cuestión sorprendente: la voluntad de resistencia demostrada por los españoles¹⁴. Una reacción llamativa por superar cualquier expectativa razonable y que se tradujo en algo aparentemente paradójico. El número de derrotas del Ejército español en el curso de la guerra fue muy superior al de victorias. Los desastres fueron de tal magnitud que parecían imposibles de remontar y, a pesar de todo, el largo rosario de fracasos, salvo alguna rara excepción, concluyó en el triunfo final.

Al margen de la intervención anglo-portuguesa y de las consecuencias de las derrotas napoleónicas en otros frentes, no deja de resultar extraordinario el general ¡No importa!, con el que después de cada contratiempo, el pueblo español fue capaz de levantarse. Aquella obstinación, consumiendo todos los recursos materiales y humanos que fueron necesarios, rayaba en lo incomprensible. Pocas veces, a lo largo de la historia encontramos un ejemplo comparable.

¹⁴ PÉREZ GALDÓS, B.: *Episodios Nacionales. Napoleón en Chamartín*. Madrid, 1971.